

Mas ¿qué miro? ¿En tan fausto momento
 Su pupila á empañar viene el llanto?
 ¡Ah! Perdona, perdona, Dios Santo,
 A quien osa á tu Ungido angustiar.

¡Si el amor que en el seno abrigamos
 Mitigar sus dolores pudiera!.....
 Presto el cielo esas lágrimas quiera
 Apiadado por fin enjugar.

1860.



Á UN SACERDOTE

(DON ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA)

HOY ABAD DE GUADALUPE
 Y OBISPO TITULAR DE CONSTANCIA
 EN SU PRIMERA MISA.

*Introibo ad altare Dei: ad Deum
 qui laetificat juventutem meam.*

Sube, sube al altar; por vez primera
 Da al Cordero de Dios mística muerte,
 Y esa Sangre que al mundo regenera
 Arrodillado sobre el ara vierte.
 Sube, sube á mi lado
 Al altar del Señor: ¿por qué tu planta
 Del santuario en el dintel vacila,
 Y en vez de la que en hora tan solemne
 Anima á todos, alegría santa,
 Negra tristeza ofusca tu pupila?
 ¡Ea, valor! Tu espíritu abatido
 De sobrehumana fuerza se revista,
 Y desprecie las viles asechanzas
 Del enemigo audaz que te contrista.
 Espera en el Señor: Él fortaleza,

Él es nuestra salud; Él al recinto
 De su almo tabernáculo sagrado
 Cual á Arón te ha llamado,
 Y de su santo monte á la alta cumbre
 Te ayudará á ascender; Él en tu pecho
 Encenderá de su virtud la lumbre.
 Él tu ánima inocente
 Juzgó benigno, y segregó tu causa
 De la dolosa gente.
 Sube al altar; y al Dios que en las alturas
 Gloria inmortal espléndida corona,
 Himnos de amor, postrado en su presencia,
 Con los coros angélicos entona.
 De la sagrada cítara al concento
 Confiesa del Señor la omnipotencia,
 Y de confianza el corazón henchido,
 Eleva la alba frente
 Al que de santo regocijo colma
 Tu juventud ardiente;
 Al que de gracias refrescante lluvia
 Benéfico derrama
 Sobre el mancebo noble y generoso
 Que desde la niñez ferviente le ama;
 Que en los floridos años
 Su dulce libertad le sacrifica,
 Y el vivo fuego que en sus venas arde
 Para su honor y gloria santifica.
 ¡Feliz mil veces el varón constante
 A quien halló el Señor inmaculado;
 A quien jamás sedujo

Del oro vil el brillo fulgurante;
 Que pudo delinquir, y nunca albergue
 En su alma dió al pecado!
 ¿Dónde tal maravilla
 Será dado encontrar? ¡Señor! Tú solo
 El noble pecho señalarnos puedes
 En que heroísmo tan sublime brilla.
 Sólo de tu luz fúlgida al destello
 Mirar podemos la ánima dichosa
 En que imprimió tu diestra poderosa
 De predestinación el sacro sello.
 Tan sólo tú, Señor, de tu infinita
 Bondad tantos raudales
 Verter pudiste sobre el fiel levita
 Que hoy de tu templo pasa los umbrales.
 ¿Quién dudarle osará? Tú lo elegiste
 Para ser tu ministro, y á inmolarte
 La Hostia de salvación, su ánima pura
 Desde sus tiernos años dispusiste.
 El temor de tu nombre sacrosanto,
 Principio del saber, y el dón precioso
 De sólida piedad, tú le infundiste.
 Pontífice piadoso,
 Luz de la Iglesia, de la patria gloria,
 Le diste por mentor; y de su manto,
 En edad y en virtud creció al abrigo.
 Y cuando sobre Méjico infelice
 Horas menguadas de mortal quebranto
 En tu justicia descargar te plugo,
 Del que empañar tentara su inocencia,

De corrupción y vicio hórrido yugo,
 Lo libertó tu altísima clemencia.
 Tu salvadora mano
 Lo sacó de la inmunda Babilonia,
 Y allá de Albión en el remoto clima
 Del ferviente católico britano
 Encomendólo á la eficaz tutela.
 ¡Cuán misteriosos son, Señor, tus juicios!
 Aquella del error infanda escuela,
 Mansión del crimen, cenagal de vicios,
 En celestial morada
 Tornaste para esta alma inmaculada.

Allí por vez primera,
 Entre el humo del místico incensario,
 Al tierno joven que ferviente oraba
 Llamaste al interior del santuario.
 Allí la fortaleza; allí la viva
 Fe que lo anima y la humildad profunda,
 La caridad activa,
 Y la esperanza que su seno inunda,
 Te dignaste infundir, y la prudencia,
 La templanza y la indómita paciencia.

Lo que en tu siervo obraste
 Plázcate confirmar: ya lo has probado
 Cual oro en el crisol: su sed ardiente
 De la Santa Ciudad ha ya apagado
 En la límpida fuente.
 Ya la sublime potestad le diste
 De atar y desatar, y sólo aguardas
 De su inspirado labio el sacro acento

Para dejar tu celestial asiento.
 Ven, ¡oh Señor! ¿Qué tardas
 En descender á sus unguidas manos?
 Ya las santas palabras creadoras
 A pronunciar se apresta el sacerdote
 Sobre el celeste Pan. ¡Callad, profanos!
 Ante el excelso Dios de las batallas
 Fieles doblad la trémula rodilla;
 La frente pecadora
 Alzar no oséis: que sobre el ara yace
 Inmolado el Cordero sin mancilla.
 Su sangre salvadora,
 Que cancela los crímenes del mundo,
 Ya vertió el nuevo Arón. Gracias ardientes
 Haced á Jehová reconocidos:
 ¡Grande es su santo nombre entre las gentes!
 Alabad al Señor, que la bajeza
 De su siervo miró con tiernos ojos:
 Del humilde en quien luce su grandeza
 Ante las plantas os postrad de hinojos;
 Y bienaventurado
 Proclamad al levita inmaculado.
 Ante el que Dios sublima y enaltece
 El mundo todo la cerviz abaje,
 Y humilde le rinda el que merece
 De respeto y amor puro homenaje.

1865.





AL MISMO ASUNTO.

No en los umbrales del ornado templo
Detener quieras la insegura planta;
Que ya levanta clamoroso grito
Ávida turba.

Turba que admira tu virtud sublime,
Que al pie del ara con afán te aguarda:
¡Ah! ¿Por qué tarda el suspirado instante?
Entra, no temas.

Arde el incienso, brillan las antorchas;
Hierva en el cáliz el sagrado vino,
Y el Pan divino tu palabra santa
Dócil espera.

Entra, no temas: al fragor del rayo
Ya no desciende el Creador del cielo:
Místico velo su fulgor terrible
Cándido cubre.

Él, que de lo alto mira tu pureza;
Él, que sus dones sobre ti derrama,

Dulce te llama, y á tu unguida mano
Baja gozoso.

Ven á mis brazos, amoroso dice,
Anima casta de mi fiel levita;
De mi infinita deleitosa gracia
Quiero colmarto.

Hasta mi trono de sublime gloria
De tu inocencia me llegó el perfume;
Y me consume de tu amor el sacro
Místico fuego.

¡Cuánto eres bella, mi adorada esposa!
Es de granada tu sin par mejilla;
De tortolilla son tus radiantes
Fúlgidos ojos.

Tu cuello iguala de David la torre,
Y tu cabeza al Líbano semeja:
Cada madeja de tus trenzas áureas
Ostro parece.

Eres augusta, cual Salem la regia,
Y cual la aurora dulce y apacible:
Eres terrible, cual en guerra cruda
Bélica hueste.

Ven á mis castas virginales bodas:
Tu esbelto talle abrazará mi diestra,
Y mi siniestra sostendrá tu pura
Lánguida frente.

Abreme, esposa, tu cercado huerto:
Vén, y gustemos celestial banquete;
De mi retrete al interior recinto
Sígueme tierna.

Anima casta del feliz levita
Que Cristo llama con prolijo empeño,
Ven de tu dueño á las celestes nupcias;
Rápida vuela.

Jesús en cambio del virgíneo lirio
Que inmaculado con ardor mantienes,
Sobre tus sienes impondrá de estrellas
Aurea corona.





AL MISMO.

Es hora de partir: abandonemos
De la Eterna Ciudad los santos muros,
¡Apóstol de Jesús! La victoriosa
Enseña de la Cruz, en los extremos
Del Mundo Nuevo enarbolar gloriosa
Es nuestra alta misión. Ante el Vicario
Del Hombre-Dios postrémonos de hinojos,
Y por la vez postrera nuestros ojos
Con lágrimas ardientes
Rieguen el Vaticano Santuario.
De Pedro y Pablo á las sagradas tumbas
Dé nuestro labio el postrimero vale,
Y dentro las antiguas Catacumbas
La postrera oración fervido exhale.
¡Cuán triste es arrancarse de tus brazos,
Oh Roma idolatrada!
Tan sólo del deber la voz sagrada
Puede romper tan deliciosos lazos.
Mas del Señor la voluntad divina
A trabajar en los paternos lares
Próvida nos destina.

Armate de valor, mi dulce amigo,
 Y apréstate conmigo
 A atravesar los anchurosos mares.
 A ti me unió la suerte
 Desde la tierna infancia: ¿no recuerdas
 Cuál ofrecimos juntos á María,
 Nuestra delicia y únicos amores,
 Las más preciosas flores
 Que el suelo ingrato de Albión rendía?
 Bajo la misma bóveda mil veces
 Sonaron nuestras preces;
 Y al pie del mismo altar, en su clemencia
 El que eleva al humilde desde el cieno
 Nos brindó con su cáliz y su herencia.
 Hasta la margen del sagrado Tíber
 Me seguiste después; y hora mi mano
 Al ara del Señor te ha conducido;
 Inseparable hermano,
 Sigue también mis presurosas huellas
 A nuestro patrio suelo mejicano.
 ¿No escuchas, dime, el amoroso acento
 Que tu nombre y el mío pronunciando
 Trae en sus alas rápidas el viento?
 De Méjico es la voz: regenerada
 A nueva vida, se alza majestosa,
 De América la reina, aunque infelice.
 Espléndida armadura de adamante
 La cubre rutilante.
 Sobre su regio manto recamada
 Se ve la Cruz gloriosa;

Cruz de diamantes de su cuello pende,
 Y su diestra tremola el estandarte
 De la divina Cruz, que nunca pudo
 La Impiedad arrancar: sobre su escudo
 Grabado el sacro Símbolo aparece;
 Y encima de la fúlgida diadema
 El venerado Emblema
 Entre el oro y las perlas resplandece.
 La vista gira en derredor; y entonces
 Lágrima amarga su pupila empaña,
 Que apresurada enjuga,
 Trocando el lloro en furibunda saña.
 El horroroso estrago
 Irritada contempla, que en su torno
 La Discordia causó de años sin cuento:
 Aun hierve el hondo lago
 Que formara la sangre derramada
 De sus mejores hijos; lleva el viento
 De sus quemados templos las cenizas:
 Son ruinas sus alcázares; talados
 Están sus campos fértiles, y hollados
 Yacen sus estandartes hechos trizas.
 A espectáculo tal, la voz levanta,
 Y el suelo hiriendo con airada planta,
 «Hijos, exclama, la empezada empresa
 A término llevad: sobre mis hombros
 Tenaz aún el infortunio pesa;
 Los que me cercan áridos escombros
 Haga desaparecer vuestro heroísmo,
 Y la infernal Discordia

Muda arrojad á su nativo abismo.
 Al maternal regazo
 Venid de vuestra patria cariñosa,
 Y uníos todos en fraterno abrazo.
 La trompa belicosa
 De hoy más tan sólo á combatir os llame
 Contra el audaz que á cautivarme aspira;
 Desnudad el acero solamente
 Para abatir de la Impiedad la frente;
 Y libres de ambición é innoble encono,
 Del Rey de reyes defended el trono.»
 Dice; y el rico manto recogiendo
 Con grave paso hacia la mar avanza,
 Los negros ojos por doquier volviendo:
 Viva mirada al Vaticano lanza,
 Y su fulgor brillante
 Nuestra pupila hiere deslumbrante.
 ¿Quién al mágico hechizo
 De tal mirada resistir pudiera?
 A Méjico volemós
 Llevando de la Paz la sacra oliva:
 De Dios ministros, todo en Él podemos.
 De nuestro labio Méjico reciba
 La divina palabra, inmaculada
 Cual Roma nos la dió: la Cruz sagrada
 Nuestra diestra impertérrita tremole:
 La Fe de Cristo nuestra voz encienda;
 Y á ejemplo nuestro, la naciente prole
 Dios y su Iglesia á venerar aprenda.



Á UN ROMANO EN 1859.

¿Cómo quieres que pulse risueño
 La pacífica lira de Apolo,
 Cuando en torno se escucha tan sólo
 De la guerra el funesto fragor?
 Antes bien á sonar me invitaras
 La trompeta feroz de Mavorte,
 Que á la heroica romana cohorte
 Llame al campo á vengar su baldón.
 ¿De la cima del Alpe no miras
 Correr ya derretida la nieve?
 Es del Franco el ejército aleve
 Que hasta Roma pretende venir:
 A esta Roma, que ayer orgulloso
 Libertara con ínclita mano,
 Hierros hoy le prepara el tirano;
 Duro yugo á su tierna cerviz.
 Las riberas del Arno y Ticino;
 De Romaña los prados y viñas;
 De Venecia las ricas campiñas,
 Secas, tristes, desnudas están.

De extranjero feroz invitados,
 Los que ayer cultivaran la tierra
 Marchan hoy á sacrílega guerra,
 Que á la Europa de horror llenará.

¿No los ves? A humillar á la madre,
 Que los nutre en su tierno regazo,
 Hoy se aprestan con pérfido brazo
 Los que á Roma debieron el sér.

¿No los ves? A la silla de Pedro
 Ya dirigen ocultos cañones,
 Italianos y Francos pendones
 En el aire flotando á la vez.

¿Y es el tiempo de sáfcicos himnos?
 ¿Y es el tiempo de vanos lamentos?
 ¡No, jamás! Llenen sólo los vientos
 Roncos gritos de sacro furor.

¡Guerra! clame el romano soldado;
 ¡Guerra, guerra! el togado repita;
 Deje el cáliz el santo levita,
 Y tremole guerrero pendón.



EL CAMPO DE BATALLA.

(TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE FELICIA HEMANS.)

Miré sobre el campo do fué la batalla:
 De lucha crüenta reinaba el furor;
 Y en medio á la lluvia de ardiente metralla,
 Lanzaba el acero terrible fulgor.

Yo vi de las lanzas el bosque erizado:
 Cual campo se alzaba de espigas sin fin:
 A huir obligaban al lobo asustado
 Las bélicas notas del recio clarín.

Oí de las huestes el grito guerrero,
 Cual brama en las selvas furioso huracán;
 Y vi el estandarte flotar altanero
 De mil combatientes en medio al afán.

Al campo de muerte lancé otra mirada:
 Ni voces de guerra, ni trompas oí:
 En paz la tormenta, cubierta la espada,
 Espinos tan sólo se miran allí.

Serenas las ondas del diáfano lago:
 La luna derrama tranquila su luz:

La furia no anuncia del hórrido estrago,
En medio á las zarzas, siquiera una cruz.

¿Dó está de las huestes el ímpetu fiero?

¿Dó están los destrozos del crudo cañón?

¿Qué es ya de la saña del bravo guerrero?

¿El fuego qué se hizo del noble bridón?

El sitio no marca ni tumba ni losa

Do fué su victoria ó amargo sufrir:

Señala al viajero tan sólo una fosa,

Do bravos sin cuento quisieron morir.

¿Son éstos ¡oh gloria! tus premios dorados?

¿Así de tus siervos se paga el sudor?

¿Sepulcro y cadáver, al par olvidados;

Renombre que pasa cual leve vapor?

1858.



A LA BATALLA DE CASTELFIDARDO.

Llegó la hora fatal. La turba impía
De sabaudos ladrones, agitada
Por el feroz demonio
De la Impiedad, cayó desenfadada
De Pedro sobre el santo Patrimonio.
Del Pontífice augusto
Los escasos guerreros, sorprendidos
Bajo el sardo cuchillo sucumbieron:
Nada el brazo robusto,
Nada sirvió el valor á los vencidos.
De la invasora hueste innumerable
Al improviso asalto,
Se abrieron los castillos mal seguros,
Y cayeron de villas y ciudades
Los mal guardados muros;
De las Llaves la enseña veneranda
Rota y hollada se miró doquiera,
Y la sangrienta tricolor bandera
Victoriosa ondeó sobre los campos
Que á la Iglesia legara Constantino.
El Piamontés sacrílego, orgulloso